



ideas

Edición a cargo de Héctor M. Guyot
www.lanacion.com.ar/ideas
@IdeasLN | /LNIdeas

DEBATES

El nuevo (viejo) antisemitismo está de vuelta entre nosotros

En estas semanas volvió a hacerse oír el conocido discurso contra los judíos

Por Sabrina Ajmechet

Página 5

HISTORIA



La odisea de 272 cadetes en la revolución de 1955

La vida de los estudiantes corrió peligro en medio de las refriegas

Por José Claudio Escribano

Página 6

MAL DE ÉPOCA

En el terreno de la política, las noticias falsas vienen de lejos

Llevamos siglos tragándonos fake news y teorías conspirativas

Por Jaime Rubio Hancock

Página 8

LECTURAS

Krasznahorkai, un gran autor de relatos siempre en fuga

El escritor húngaro es también un maestro de las formas breves

Por Pedro B. Rey

Página 10

LA PARTE Y EL TODO

El país donde la peor corrupción es la ajena

Las repercusiones tras la muerte de Lanata reflejaron miserias de la política

Por Sergio Suppo

Página 12



FABIÁN MARELLI

ENTREVISTA — POR Astrid Pikielny

Daniel Innerarity

«En nuestras sociedades ha habido una sublimación de la violencia en el odio»

La agresión verbal ha perdido efecto por su cantidad, dice el filósofo español, que prepara un libro sobre la inteligencia artificial

66

La inteligencia artificial y todo el conjunto de tecnologías asociadas a ella tienen una peculiaridad fascinante e inquietante, y es que solo nos obedecen parcialmente. Se parecen mucho a nuestros hijos: podemos hacer algo con ellos, pero si renunciamos a la idea de control absoluto", dice el filósofo español Daniel Innerarity, en su paso por la Argentina. En 2025 publicará *Una teoría crítica de la inteligencia artificial*, libro que complementa *Una teoría de la democracia compleja* y tantos otros textos de Innerarity que parecen estar unidos por un hilo rojo: el intento de comprender las complejidades en todas sus dimensiones.

Hubiera querido ser pintor, pero su padre, ingeniero aeronáutico, vetó su decisión: no creía que con ese oficio pudiera solventarse. "Cuando le dije que iba a estudiar filosofía, me dijo que con eso tampoco me iba a ganar la vida. Pero ya prohibirme la segunda carrera le pareció muy duro", recuerda con humor Innerarity, catedrático de Filosofía Política y uno

de los 25 grandes pensadores más influyentes del mundo según la revista francesa *Le Nouvel Observateur*. Para Innerarity, que se haya roto la verticalidad de la relación comunicativa en la que vivíamos por la aparición de las redes es un signo enormemente positivo y democratizador. En este contexto, sostiene que el gran desafío es mantener esa conquista reduciendo al máximo el caos informativo. "Hoy no tenemos un problema de falta de información o de datos; tenemos un problema de desorientación", explica.

Continúa en la página 2

ENTREVISTA — POR *Astrid Pikielny* FOTO *Fabián Marelli*

lanacion#cvam38616

¿Por qué lo entrevistamos?

Porque analiza la política y la cultura desde una perspectiva amplia que evita las simplificaciones.

lanacion#

Daniel Innerarity*

«En nuestras sociedades ha habido una sublimación de la violencia en el odio»

La agresión verbal ha perdido efecto por su cantidad, dice el filósofo español; el verdadero peligro, afirma, es que los liberales conservadores no sepan defender su propia identidad ideológica ante la derecha extrema



VIENE DE TAPA



nerarity no banaliza los discursos de odio que circulan ampliados y viralizados en las redes, pero no coincide con quienes creen que podrían ser el disparador de escaladas de violencia. "Creo que no estamos en la antecámara de sociedades violentas, sino en una especie de sublimación de la violencia en el odio. [...] Es tan fácil lanzar un improperio en las redes sociales que de alguna manera hemos devaluado su seriedad", dice el filósofo, que además se desempeña como director del Instituto de Gobernanza Democrática y como profesor en el Instituto Europeo de Florencia, donde es titular de la cátedra Artificial Intelligence & Democracy.

Entre sus pasiones está el montañismo. Acaba de llegar del Himalaya, tiene una casa en los Pirineos y en la Argentina visitó el Fitz Roy. Planea volver pronto al país para hacer cumbre en el Aconcagua, uno de sus sueños. "Trato de ir solo a los lugares que tienen montañas", dice risueño Innerarity, que fue invitado a Buenos Aires por la Fundación Medifé y el CCEBA.

—Su mirada sobre la inteligencia artificial (IA) no es catastrófica pero tampoco es excesivamente optimista. ¿Qué lo llevó a interesarse en esto?

—Después de escribir *Una teoría de la democracia compleja* me di cuenta de que me faltaba otra nueva complejidad que estaba apuntada en mis libros, pero que no había tenido el desarrollo que se merecía, que era la complejidad de nuestra relación con la tecnología. Y esto coincide en el tiempo con el desarrollo espectacular de un tipo particular de tecnología que nos resulta muy prometedor y al mismo tiempo nos plantea muchos problemas, que es la inteligencia artificial o la digitalización. Estamos en un momento de cierta histeria digital, en el cual el campo se divide entre los que esperan demasiado de la IA y los que le tienen demasiado miedo. Y precisamente mi próximo libro aborda nuestra relación con entornos tecnológicos especialmente complicados. La inteligencia artificial y todo el conjunto de tecnologías asociadas a ella tienen una peculiaridad fascinante e inquietante, y es que son tecnologías que solo nos obedecen parcialmente. Se parecen mucho a nuestros hijos: podemos hacer algo con ellos, pero solo si renunciamos a la idea de control absoluto. Mi libro es una reflexión sobre la idea de control. Hay que pensar en una nueva idea de control, pues la que tenemos es una idea totalmente superada.

—Para Yuval Noah Harari, a diferencia del telégrafo, la imprenta y otras tecnologías, la IA es la primera tecnología capaz de tomar decisiones por sí misma. Dice que no es una herramienta, sino un agente independiente. ¿Cree, como Harari, que la IA nos va a controlar a nosotros?

—Harari sabe poco del tema. Es un historiador en el que estoy profundamente desacuerdo en este tema. Hay un atavismo curioso en nuestra manera de entender la tecnología y el mundo en general, que es pensar que, si algo es inteligente, tiene que ser malvado, a diferencia de lo que decían los griegos cuando hablaban del concepto de *kalokagathia* que era la coherencia entre el bien, la belleza y la verdad. Toda la narrativa que consumimos en las películas y en las novelas se repite: si hay alguien listo está en la cumbre de la inteligencia y es perverso. Y esto nos está pasando con la tecnología. Si es muy inteligente,

seguro que se va a volver contra nosotros, nos va a querer corromper y nos va a hacer cosas malas. Y al revés, solemos pensar que si alguien es bueno es porque no es muy listo. Eso es una manera de pensar que nos explica muy poco la realidad.

—La IA tiene ventajas, pero también es muy eficiente a la hora de producir, manipular y hacer circular información falsa. Esto afecta el debate ciudadano, la conversación pública, las campañas políticas y, por tanto, el voto. ¿De qué manera cree que la IA condiciona el funcionamiento de las democracias?

—Una democracia es fundamentalmente un tipo de conversación pública y un modo de tomar decisiones. Las redes sociales, internet, los nuevos espacios comunicativos, el nuevo entorno caótico informativo en el que vivimos, ha tenido de entrada un efecto democratizador porque ha permitido el ejercicio de la expresión a mucha gente que antes no lo tenía o lo tenía muy difícil. Ha roto la verticalidad de la relación comunicativa en la que vivíamos; ha diluido un tanto la separación entre información acreditada y conversación pública. Y esto es enormemente positivo y democratizador, porque antes había ciertos *gatekeepers* que eran, por ejemplo, los directores de periódicos: cuando uno quería expresar una opinión, había que escribir una carta al director y el director la publicaba si quería o no. Ese tipo de verticalidad entre legos y expertos, entre periodistas y gente que no lo somos pero que podemos intervenir, se ha roto en buena medida. Y esto ha sido muy bueno. El asunto es cómo mantenemos esa conquista sin dar lugar a la otra circunstancia en la que estamos hoy en día, que es el caos informativo. Hoy no tenemos un problema de falta de información o de datos, tenemos un problema de desorientación.

—Chequear información y distinguir los datos falsos de los verdaderos sigue siendo una de las funciones primordiales del periodismo porque una conversación pública atravesada por fake news, mentiras y teorías conspirativas no tiene nada que ver con un debate de calidad. ¿no?

—Así es. Hay dos profesiones que yo defiendo mucho y es políticamente incorrecto hacerlo en estos tiempos, que son los periodistas y los políticos. Son dos profesiones mal entendidas y poco apreciadas en nuestra sociedad. Ambas tienen una cosa en común: tienen que tomar decisiones o estructurar epistemáticamente un campo en poco tiempo, con rigor, en comparación con otras profesiones que tienen todo el tiempo del mundo.

—Hay quienes piensan que los discursos de odio, amplificados en las redes sociales, podrían ser la antecámara de situaciones violentas, un posible polvorín. Usted no coincide con esa idea. ¿Podría explicarlo?

—Mira, para que nadie se me eche al cuello comenzaré diciendo que los discursos del odio me parecen penosos y detestables, pero al mismo tiempo está ocurriendo algo que podríamos llamar una especie de devaluación del discurso del odio por su mera cantidad. Es decir, es tan fácil lanzar un improperio en las redes sociales que, de alguna manera, hemos devaluado su seriedad. Es tan fácil opinar en este entorno que la opinión se ha convertido en algo, al mismo tiempo, más fácil, más accesible a cualquiera y con menos valor porque está menos calificada. Entonces, con el odio creo que pasa algo parecido a lo que pasa con la opinión.

—¿Qué significa exactamente eso?

—Creo que no estamos en la antecámara de sociedades violentas sino en una especie de sublimación de la violencia en el odio. No quiero con esto banalizar el odio, sino insistir en que la violencia ha disminuido en nuestras sociedades, ha ido desapareciendo con el tiempo, aunque no ha desaparecido la relación negativa con los demás. Es cierto, es penoso y estropea muchísimo el espacio público, pero el odio se transformó en un discurso que no tiene consecuencias prácticas directas en términos de aniquilación del adversario. El antisermitismo que hay hoy en día no es mayor que al que ha habido en otros momentos de la historia de Europa. Lo mismo se puede decir del racismo. Sucede hoy que es más fácil que un insulto llegue más lejos. A veces, cuando se habla del final de las democracias se recurre mucho a la República de Weimar, a la Europa previa a la Segunda Guerra Mundial, y no

En el cruce de la política y la cultura

■ Daniel Innerarity nació en Bilbao, España, en 1959. Es catedrático de filosofía política y social, investigador en la Universidad del País Vasco y director del Instituto de Gobernanza Democrática, en red con pares en todo el mundo

■ Es titular de la Cátedra Inteligencia Artificial y Democracia del Instituto Universitario Europeo en Florencia. Y miembro del Consejo Científico del Institut für Sozialforschung (Instituto de Investigación Social), cuna de la Escuela de Fráncfort.

■ Es colaborador habitual de opinión en *El País* y *El Correo*/ *Diario Vasco* y *La Vanguardia*, así como de la revista *Claves de la razón práctica*

■ Su pensamiento circula en pequeños libros con grandes ideas sobre la actualidad como *La política en tiempos de indignación* (2015), *Política para perplejos* (2018), *Una teoría de la democracia compleja* (2019), *Pandemocracia* (2020) y *La sociedad del desconocimiento* (2022)

■ En *La libertad democrática* (2023), su último libro, reflexiona sobre la resignificación de valores de izquierda y de derecha. Prepara la publicación del libro *Una teoría crítica de la inteligencia artificial*

■ Es un montañista experto que ascendió a más de 6000 metros de altura y a la mayoría de los picos de los Alpes de más de 4000 metros

“Las nuevas derechas en el mundo, Milei, Orbán, Trump, tienen una idea de libertad por completo desconectada del porvenir colectivo”

“Hay un atavismo en nuestro modo de entender la IA, y pensar que, si algo es inteligente, tiene que ser malvado; si alguien es listo, es perverso”

“Hoy no tenemos un problema de falta de información o de datos; tenemos un problema de desorientación, de caos informativo”

creo que sea aplicable. Nuestras sociedades son muy distintas de aquellas: son más desarrolladas, mucho más interdependientes, con muchos más vetos, mecanismos de contención y más dificultades para conductas unilaterales de tipo brutal.

—Para usted, la extrema derecha ha entendido muy bien que la política es una cuestión de psicología y no tanto de sociología. Sugiere “entrar en la psicología de los descontentos, que es la verdadera caja negra de la vida política” para intentar comprender algunos procesos actuales. ¿Se cifra ahí el peligro para los consensos democráticos?

—En este punto es importante distinguir entre los partidos clásicos de derecha y los de extrema derecha. Creo que el peligro real es que los liberales conservadores no sean capaces de defender su propia identidad ideológica. En estos momentos se habla mucho de la crisis de la socialdemocracia en el mundo, pero lo que hay es una crisis del pensamiento liberal conservador clásico que no sabe qué hacer con las extremas derechas: si pactar con ellas o seguir apoyándose en los liberales y los socialdemócratas para gobernar. En este entorno tan movido y tan acelerado los conservadores tienen un problema: definir bien qué es lo que quieren conservar.

—¿El centro ha desaparecido, se ha achicado, se ha corrido a los márgenes?

—Bueno, ahora la palabra de moda es polarización. Lo digo en una Argentina que también tiene muchas cosas convulsas. Pero me parece que la polarización es más un invento de las élites que se enfrentan como hinchadas; y en las sociedades, en general, hay grandes consensos que todavía no se han roto. La política ahora mismo es muy hiperbólica y hay una dramatización excesiva. En español decimos “postureo”. Ves a dos líderes políticos atacándose en el Parlamento, piensas que se van a matar a la salida y luego te los encuentran tomando un café en el bar. Hay una actuación y una interpretación de la política, lo cual a mí personalmente no me gusta mucho. Creo que a la política hay que tomársela en serio, pero no demasiado en serio. No al pie de la letra. Hay un cuento de Bertolt Brecht en el que se narra que, en una representación teatral, un personaje dice “fuego” y una persona de la platea se levanta para llamar a los bomberos. A veces estamos haciéndolo, estamos entendiendo que la proclamación de fuego forma parte de una lógica representativa.

—La Argentina está atravesando una experiencia política disruptiva y antisistémica, mirada con atención también desde el exterior. ¿Qué observa?

—La Argentina es un país fascinante. Lo quiero más de lo que lo conozco, pero tengo buenos amigos que me cuentan cosas. Me da la impresión de que las nuevas derechas en el mundo, Milei, Orbán, Trump, tienen una idea de libertad completamente desconectada del porvenir colectivo. Hay una especie de atavismo de pensar que todavía la salvación, la resolución de las crisis puede tener lugar en términos estrictamente individuales. Y pienso que lo que nos están diciendo las crisis actuales, desde la crisis climática, las pandemias y hasta las crisis económicas, es que son problemas en los cuales se pone en juego un sentido de pertenencia. Elon Musk hace tiempo dijo que hay gente que tiene diseñada la huida a Marte. Y no hay espacios de huida. Vivimos en un horizonte de destino compartido para muchísimas cosas. Por tanto, creo que la idea republicana de libertad, que es la idea de que uno es libre cuando no hay dominación, es mucho más rica que la idea individualista o liberal de libertad, según la cual es libre aquel que se ha separado del mundo común.

—Usted está diciendo que la idea de libertad que se divulga y populariza es muy pobre y restringida.

—Es una visión muy limitada e incompleta de lo que es la libertad. Me parece que el concepto republicano de libertad es mucho más fecundo y mucho más útil que esa idea meramente individualista. Es verdad que en una de las múltiples facetas la libertad tiene que ver con desapego, desarraigo, separación, protección individual y autonomía de las personas. Pero también es verdad que solo hay libertad si no hay condiciones estructurales que la impiden. ●

ENTREVISTA —



María Victoria Baratta, historiadora y una de las caras de Padres Organizados

DOMINIQUE BESANCON

Con mirada retrospectiva, la autora de *Alberdi* analiza los usos de la historia que hace el presidente libertario

María Victoria Baratta. «El estilo de Milei es más sarmientino que alberdiano»

Víctor Pombinho Soares
PARA LA NACION

La historiadora María Victoria Baratta se hizo conocida mediáticamente por ser una de las caras visibles de Padres Organizados, una comunidad civil que se multiplicó en todo el país reclamando (con éxito) la apertura de las aulas que permanecían cerradas por el gobierno de Alberto Fernández como medida contra la propagación del coronavirus.

Investigadora del Conicet y docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Baratta escribió una biografía sobre Juan Bautista Alberdi, el abogado liberal inspirador de la Constitución Nacional de 1853, figura reverenciada por el presidente Javier Milei.

Si bien la obra más conocida del intelectual tucumano es *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, principal referencia para los constituyentes que redactaron la Carta Magna, su producción intelectual fue mucho más vasta y encierra fuertes contradicciones que Baratta analiza en su libro.

El punto de partida de *Alberdi (Crítica)* tiene algo de azaroso. «Cuando Milei manda la ley Bases

al Congreso, un juez cita las Bases de Alberdi para criticar al Presidente por la supuesta concentración de poder, por el autoritarismo de sacar tantas normas juntas —cuenta—. Después, Cristina Kirchner cita a Alberdi, una parte en la que habla mal de la deuda, también para criticar a Milei. Lo cita mal, y no dice cuáles son las soluciones para salir del problema de la deuda que describe Alberdi, muy distintas a las políticas del kirchnerismo. Yo escribo un tuit sobre el tema y me llama Ernesto Tenenbaum para entrevistarme, y él dice al aire que estaría bueno que escribiera un libro sobre esto. Justo estaba escuchando una editora de Planeta y me lo pidieron. Fue el día del cumpleaños de mi hija, un 4 de enero».

—Tu libro señala algunas contradicciones de Alberdi, pero pareciera que el núcleo de su pensamiento es liberal y está en las Bases.

—Sí, es su gran legado. Lo que pasa es que escribió tanto... Hay otras cosas que son también muy interesantes y no se conocen.

—¿Qué te parece la reivindicación que hace Milei de Alberdi?

—Milei, libertario, hace un recorte y le agrega cuestiones que Alberdi no tenía, algo habitual en los políticos. Para mí la analogía que hace Milei es que Alberdi, con las Bases, quiso instaurar un orden nuevo que desmontaba las trabas económicas y políticas de la época. Me parece interesante, porque Alberdi es una figura que, ya sea porque estaba enemistado con algunos liberales de su época, o porque no responde a lo que reivindicaría el peronismo, no estaba en discusión. La analogía que hace Milei de desmontar un régimen colonial que tenía muchas trabas al comercio para abrirse al mundo con lo que serían los cien años de decadencia del país o el kirchnerismo me parece interesante. Que Milei sienta que viene a ser disruptivo como Alberdi me parece mucho, pero lo puedo llegar a entender. El tema es que Alberdi proponía la construcción de un Estado, si bien un Estado que en la economía tenía que meterse poco, pero un Estado, con un Ejecutivo que tiene sus contrapesos en los poderes Legislativo, el Judicial, en la Corte Suprema, en la no reelección, en los cargos que no se pueden heredar. Aunque él también dice que

tiene que haber un Poder Ejecutivo fuerte, ahí hay una tensión entre la libertad y el orden que Alberdi no resuelve. Pero en otro contexto. Después Milei le agrega a su discurso la cuestión anarcocapitalista o de destrucción del Estado.

—En la parte económica tiene un punto. Alberdi escribió que es preferible que el Estado deje hacer a los privados ocupándose de mantener el orden.

—Eso Milei lo capta bien. Lo podría haber dicho Macri, pero no lo hizo porque no le importaba tanto tener una narrativa o un relato, como se dice ahora, histórico. Macri puso animales en los billetes y ahora los de 20.000 tienen a Alberdi. Y Sturzenegger saca trabas para desregular. Me parece que eso y hasta ahí llega. Hay un montón de cosas que Milei no capta o que son distintas cuando se mete más en lo libertario o en la destrucción del Estado.

—Ocurre lo mismo con la reivindicación de Roca.

—Y bueno, Alberdi es el ideólogo de Roca. El roquismo toma mucho de Alberdi. Pero cuando uno analiza la obra de Alberdi hay un montón de otras aristas, incluso dentro de su pensamiento liberal. Está la reivindicación de la libertad de expresión y de prensa. Esto es una constante durante toda su vida y es la razón por la que él, cuando cae Rosas, igual se queda en el exilio. Aun cuando su vida no corre peligro, elige no volver al país porque está acostumbrado a la libertad de opinar y está peleado con otros liberales como Sarmiento y Mitre, porque dice que se han vuelto casi tan intolerantes como Rosas. En este sentido, el estilo de Milei es más sarmientino que alberdiano.

—Llama la atención que Alberdi no regresa al país hasta su vejez y no pelea en ninguna guerra como hicieron Sarmiento, Mitre, Roca. ¿Por qué fue tan reacio a participar políticamente?

—Es difícil de diagnosticar. Hay un costado emocional que a veces los historiadores dejan de lado. No todas las acciones políticas son racionales. Me parece que tenía un componente melancólico, depresivo, fóbico. Creo que ahí hay algo de la personalidad que le escapa al conflicto, a la arena política, a la politiquería o, como se dice hoy, a "la casta". En el 53 todos lo estaban esperando, Urquiza lo llama dos veces, después lo vuelve a llamar para que sea Ministro de Hacienda, y él dice que no, y recién va a ser diputado cuando ya se está por morir y tampoco participaba tanto de las sesiones. Le pesaba que Sarmiento y Mitre lo consideraran un traidor a la Patria por su postura sobre la guerra de la Triple Alianza. Los dos lo consideraban un cobarde por no haber empuñado las armas.

—¿Por qué en *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, escrito de 1827, elogia a Rosas?

—Porque me parece que su vocación siempre fue ser un consejero de gobierno, que lo escuchen y pongan en práctica alguna de sus ideas. Tenía la esperanza de que Rosas entrara en razones y sancionara una Constitución. La idea de sancionar una Constitución no era solo de los románticos o los liberales, sino por ejemplo también de Facundo Quiroga, que era un caudillo federal. Alberdi tenía esa esperanza, y le reconocía a Rosas haber logrado cierto orden político, haber entendido la realidad que los unitarios y Rivadavia no habían entendido, pero rápidamente se da cuenta de que Rosas no era una persona que iba a escuchar consejos. Y es uno de los primeros opositores que se va. Se exilia en Montevideo y se convierte en un antirrosista muy fuerte, al punto de planificar una

intervención armada con Lavalle como protagonista. Después en Inglaterra se vuelve a encontrar con Rosas, y como Mitre y Sarmiento lo juzgaban por traidor a la Patria y lo habían expropiado, quizá se mostraba un poquito más conciliador con la idea de que Rosas pudiese volver a la Argentina. También entabla un vínculo con el diplomático paraguayo Gregorio Benites. Y eso me parece que también, además de su encono contra Mitre, incide en su defensa de Paraguay.

—Parece contradictoria la defensa que hace de Paraguay, que tenía un gobierno no nada liberal, durante la Guerra de la Triple Alianza. Al contrario, el gobierno argentino era liberal. ¿Cómo lo interpretás?

—Hay muchas hipótesis. Una cosa es que él estuviera en contra de la alianza con Brasil. Eso era bastante común. Pero fue muy rara la defensa que hizo del gobierno paraguayo. Porque, además, el resultado de la guerra es la derrota de Paraguay y la instauración de una Constitución muy copiada de la Argentina del 53. Los vencedores mitristas instauraron una Constitución muy alberdiana. Lo de que a él le paga el gobierno paraguayo por editar alguno de sus panfletos para mí no alcanzan para explicar su postura. Porque la sostiene hasta su muerte y, si bien no tenía una posición súper holgada, tampoco estaba en aprietos. Para mí hay algo emocional: su vínculo con Benites, el aislamiento y el rencor hacia Mitre y Sarmiento, la sensación de que ellos no lo dejan volver. Alberdi dice que Paraguay tiene derecho a defenderse en lo que es una guerra por los intereses de Buenos Aires, no de la Argentina. Dice que el país hace de títere del imperio brasileño, cuando nuestros verdaderos hermanos son los paraguayos.

—El tema es el paso siguiente, el apoyo a un gobierno que no es ni democrático ni liberal.

—Creo que la distancia y los medios de comunicación de entonces no le permiten saber que el de Francisco Solano López no era un gobierno liberal, que en Paraguay había solo prensa del Estado, que la disidencia era castigada, que Solano va a fusilar a parte de su ejército y a parte de la población paraguaya, que va a mandar a campo de trabajos forzados a las mujeres de los generales que él cree que complotaron en su contra. Tampoco, que cuando ya la guerra estaba un poco decidida, se podría haber rendido y evitado la masacre. En el medio muere gran parte de la población, manda chicos a la guerra porque no quedan más hombres, en vez de entregarse. Creo que ahí Alberdi, como diríamos hoy, se pasó tres pueblos, y que eso tiene que ver con la emoción. Porque sus propios amigos le mandaban cartas y le recriminaban su postura.

—¿Qué te pasa como historiador cuando encontrás insultos racistas contra los brasileños en los textos de Alberdi?

—A mí, nada, porque me dedico al siglo XIX y estoy acostumbrada a leer cosas que hoy serían canceladas. Desde los insultos racistas hasta la concepción que tienen de la mujer, en principio no me generan indignación. Lo tengo que entender en su contexto. Alberdi tiene un pasaje en los años 40 donde dice que no importa el origen de nacimiento, importan las capacidades, y años después desprecia a los indígenas y animaliza a los brasileños. Es el ideólogo de que Buenos Aires es la París de Sudamérica, la Argentina es Europa en Sudamérica, y los argentinos somos europeos. Esa idea va a quedar en el inconsciente colectivo no por su culpa, sino porque hay mucha gente que compra eso. ●

OPINIÓN —

El nuevo (viejo) antisemitismo está de vuelta entre nosotros

En las últimas semanas, volvió a hacerse oír el mismo discurso contra los judíos que a principios del siglo XX dio forma al sentido común del nacionalismo argentino

Sabrina Ajmech
PARA LA NACION

Un nuevo antisemitismo está entre nosotros. O, dicho con más precisión, el más antiguo de los antisemitismos que existe en nuestro país volvió a resurgir.

No se trata del antisemitismo que recorrió el mundo como un virus después del ataque de Hamas del 7 de octubre pasado. El antisemitismo que vimos desde esa día provino, mayoritariamente, de la izquierda y de quienes sostienen ideas woke. Estas ideologías solo reconocen dos categorías políticas: los opresores y los oprimidos. Recuperan la dialéctica marxista, pero ya no la enfocan sobre los dueños de los medios de producción y el proletariado, sino que la llevan al mundo social y cultural. La lucha entre opresores y oprimidos, en esta visión, define a las relaciones entre hombres y mujeres, entre heterosexuales y diversidades sexuales, entre blancos y el resto de los colores de piel existentes, entre países imperialistas y países colonizados, y cómo, entre Israel y Palestina. No es este el lugar para explicar de cuántas maneras es equivocada y aberrante esa lectura —ni son colonos los judíos en su tierra ancestral, ni oprimen a los palestinos, ni el hecho de ser Hamas menos fuerte en el plano militar impide que sea el agresor en el conflicto—: en cambio, quiero seña-

lar que hoy nos enfrentamos a otro tipo de antisemitismo.

Porque, en las últimas semanas, a medida que se acercaba la Navidad, empezó a hacerse oír el mismo discurso antisemita que en las primeras décadas del siglo XX dio forma al sentido común del nacionalismo argentino.

Primero vimos una imagen que nos sorprendió a muchos: el papa Francisco fotografiado junto a un pesebre en el que el niño Jesús estaba acostado sobre una kufiya, el pañuelo palestino. No es necesario un ejercicio de exégesis profundo para interpretar el mensaje, brutalmente inscripto en la coyuntura actual. Lo cierto es que la causa palestina no tiene absolutamente nada que ver con el nacimiento de Jesús de Nazaret, quien nació, vivió, predicó y murió como judío. Por otro lado, en la época en la que vivió Jesús, ese territorio se llamaba Judea. No fue sino hasta dos siglos después que el emperador romano Adriano, como represalia por las rebeliones judías contra su dominio, arrasó Jerusalén y, para hacer olvidar hasta el nombre de los rebeldes, rebautizó a esa tierra como Siria Palaestina, esto es, Siria de los filisteos. Ninguno de estos hechos son ignorados por el papa Francisco, que también sabe lo dañina que ha sido, a lo lar-

go de la historia, la mentira de que fueron los judíos quienes asesinaron a Jesús.

Mucho más marginal fue el acto protagonizado por el cura Paco Oliveira, cercano al Instituto Patria, en el que existió otro pesebre en el que el niño Jesús estaba envuelto en el pañuelo palestino y en el que, además, la Virgen María sostenía en su mano un *misbaha* —el “rosario musulmán”— mientras cuidaba a su hijo en una escena que representaba los escombros palestinos luego de los ataques israelíes.

Otra polémica alrededor de un pesebre se dio en la transmisión del canal de streaming Olga, cuando hicieron una parodia grosera por la que tuvieron que pedir disculpas. Más allá de la discusión sobre los límites que deben o no existir a la hora de hacer humor con temas sensibles, como las creencias religiosas, resultaron muy preocupantes las reacciones generadas. De manera insolita, se culpó a los judíos por el sketch. ¿La razón? Uno de los participantes tiene apellido judío: lo digo así porque ignora si Toto Kirzner Gonzalez se percibe a sí mismo como judío o no. ¿Por qué lo que hace un judío es culpa de toda la comunidad, como insinuó Yanina Latorre? Hubo demandas a las instituciones judías para que se expresaran al respecto.

La causa palestina no tiene nada que ver con el nacimiento de Jesús

En el canal de streaming Olga hicieron una parodia por la que debieron disculparse

Preocupa el antisemitismo a quienes queremos una sociedad plural y diversa

¿Por qué tendrían que hacerlo? ¿Por qué todos los judíos tenemos que dar explicaciones de lo que hace un judío? A mí, como judía con un fuerte compromiso en la lucha contra el antisemitismo, se me demandó con buenos y malos modales que opinara sobre el tema. Pero eso no fue todo.

Desde esos días aumentó la cantidad de mensajes en los que se saca a relucir la acusación medieval de “asesinos de Jesús” contra los judíos. Se los acusa también —tampoco son originales en esto: lo mismo pensaba Goebbels— de ser los dueños de los medios de comunicación. Siempre sentí especial perplejidad frente a esa acusación: si fuera cierta, ¿cómo se explicarían las barbasadas que se publican contra los judíos en los medios? Seríamos los más ineficaces amos de los medios que se pueda imaginar. Pero poco le importa la realidad antisemitas como el periodista Tomás Dente, que listó los nombres de todas las personas de apellido judío que trabajan en Olga. No es el único acto filonazi que se vio por estos días: hasta hubo que volver a leer estupideces desacreditadas en forma universal desde hace años, como el Plan Andinia y los *Protocolos de los Sabios de Sión*.

En lo personal, noté con tristeza y preocupación un aumento de los ataques personales en las redes por el hecho de ser judía: van desde frases como “volvete a tu país” (cuando no tengo ni deseo otra nacionalidad que la argentina), pasando por el rancio “esto les pasa por haber matado a Jesús”, hasta acusaciones de ser una agente de Israel o la amenaza de hacerme jabón. Desde que adopté como parte de mi agenda pública la defensa del derecho de Israel a defenderse luego del ataque del 7 de octubre, el sionismo (es decir, el derecho de Israel a existir) y la lucha contra el antisemitismo, vengo recibiendo, además de mucho agradecimiento y amor de parte de quienes apoyan estas causas, ataques de una violencia verbal inusitada de quienes no la comparten. Aun así, la cantidad y la intensidad de los mensajes en las últimas semanas me alarman.

El antisemitismo es un fenómeno global. De hecho, podemos decir que la Argentina es actualmente un lugar donde los judíos pueden vivir en relativa paz y seguridad, al menos en comparación con otros países latinoamericanos, con la mayoría de los países europeos y con los campus universitarios de Estados Unidos. Sin embargo, es un fenómeno que viene creciendo exponencialmente desde el año pasado y que no solo nos tiene que preocupar a los judíos, sino a todos los que deseamos vivir en una sociedad democrática, plural y diversa.

Las acusaciones contra los judíos por parte de cristianos, o hechas en nombre del cristianismo, no solo son medievales, falsas e injustas; no solo son dolorosas, considerando que somos religiones hermanas, que compartimos muchísimas tradiciones y que juntos fundamos la cultura occidental; para colmo, siembran la discordia entre quienes deben estar unidos contra una amenaza común, que es el fundamentalismo islámico. Aunque en este momento su odio se concentre en Israel y en los judíos, los yihadistas no ocultan que su meta última es destruir a las democracias. Con orgullo prometen someter, convertir por la fuerza o asesinar a todos los que defendemos esta forma de vida basada en la libertad y la tolerancia. El antisemitismo, además de inmoral, es suicida, en momentos en que judíos, cristianos, musulmanes moderados, agnósticos y ateos debemos estar unidos contra el fanatismo que quiere matarnos. ●



El Papa reza frente a un niño Jesús acostado sobre un pañuelo palestino

ANDREW MEDICHINI / AP

Historiadora y diputada nacional

HISTORIA —

La odisea de 272 cadetes en la revolución de 1955

En medio de las refriegas, la vida de los estudiantes del Liceo Naval Militar Almirante Brown corrió peligro, como narra el historiador Luis Fernando Furlan

José Claudio Escribano
LA NACION

Doscientos setenta y dos chicos y adolescentes estuvieron en los primeros días de la revolución que derrocó a Juan Perón en septiembre de 1955 en el centro de uno de los episodios de mayor dramatismo de ese capítulo de nuestra historia contemporánea.

La odisea comenzó para algunos de ellos en la madrugada del 16, a horas de haber estallado, bajo el santo y seña de "Dioses justos", el último de los varios alzamientos militares que hubo contra la autoridad de Perón, aun antes de su primera asunción como presidente electo, el 4 de junio de 1946. Apenas tres meses antes de la rebelión que lo condenó al ostracismo por dieciocho años, se había producido el bombardeo por unidades de la Aviación Naval y la Fuerza Aérea contra la Casa Rosada y otros edificios públicos.

Como consecuencias de las metrallas sobre la plaza histórica y sus adyacencias quedaron, el 16 de junio de 1955, 229 muertos y 797 heridos, no pocos entre ellos por entero ajenos a los sucesos. El batallón 4 de Infantería de Marina y comandos civiles alistados desde temprano en lugares estratégicos de la zona no alcanzaron a cumplir el cometido de acabar con la vida de Perón. Advertido este de los hechos que se precipitaban, buscó esa mañana refugio en el edificio Libertador, sede del Ministerio de Ejército.

A unos 58 kilómetros de la Plaza Mayo, en la isla Santiago, separada de Ensenada por el río de ese mismo nombre, se alistaban desde el 15 por la noche para entrar en acción conspiradores de la Base Naval allí existente. Apenas un alabrado la separaba del Liceo Naval Militar Almirante Brown, instituto de celebrado prestigio en su tiempo entre las mejores casas de estudios secundarios de América latina. Había acogido a su primer alumnado en 1947.

En las primeras horas del 16, un par de cadetes, que velaban por el sueño y el orden en el inmenso dormitorio del primer piso de un edificio que había servido para iguales propósitos a la Escuela Naval Militar desde fines del siglo XIX hasta 1944, advirtieron voces y movimientos de que algo anormal ocurría en el ámbito destinado a la oficialidad. Más anormal aún fue que a las 06.15 no hubiera un toque de diana ni que todo el mundo saltara de las camas para comenzar la rutina en un colegio con alumnos de 12 años, como el cadete bisoño Jorge Escribano, y otros de 18 años, entre los más próximos a la graduación. Imperaban en ese ámbito educativo normas estrictas.

Las faltas individuales o colectivas se sancionaban con la pérdida de salida los sábados o, en casos más graves, el fin de semana completo.

Pronto los cadetes comprendieron que se había producido una revolución. Pero no al punto de saber que con solo cruzar un canal —el canal W— y pasar a la isla en la que funcionaba desde hacía once años la Escuela Naval Militar, observarían que su director, el contralmirante Isaac F. Rojas, había instalado allí el puesto de comando de la Armada Rebelde en operaciones. Esas primeras horas de la revolución no habían sido fáciles para quien al cabo de siete días aparecería en los balcones de la Casa Rosada ante una multitud que desbordaba la plaza, en la condición de vicepresidente de la Nación. Lo haría junto al nuevo presidente, el general Eduardo Lonardi, líder de la lucha simultánea que se había librado desde Córdoba, con la participación armada de connotados civiles; el futuro presidente Arturo Illia, entre otros.

Importantes autoridades navales de la zona de Río Santiago se habían negado a plegarse al alzamiento. En primer lugar, el comandante zonal, contralmirante Izquierdo Brown; también los directores de la Escuela de Aplicación de Oficiales, el del Astillero y el jefe del Arsenal Río Santiago. Entre las 10 y las 11 de aquel viernes 16 de septiembre comenzó a dirigirse contra la isla Santiago el fuego de las unidades apostadas en Ensenada al mando del general Heráclito Ferrazzano, comandante de la II División de Ejército. Pertenecían a los regimientos 6 y 7 de Infantería, a la unidad motorizada de Buenos Aires, al batallón 2 de Comunicaciones, a los regimientos 1 y 2 de Artillería y a efectivos de la policía provincial.

Los cadetes del liceo habían encontrado un improvisado y vulnerable amparo en las aulas de clase y estudio, tapiándolas con cuanto elemento de protección conjetural habían encontrado a mano, incluso colchones. En su permenorizado libro sobre ese capítulo notable de la revolución de 1955 por la edad de los protagonistas y el infierno por el que atravesaron durante 48 horas, Luis Fernando Furlan trabajó con los testimonios de más de una veintena de aquellos muchachos, hoy veteranos cuyas edades oscilan entre los 83 y 87 años. Muchos otros han dejado ya este mundo. Queda entre los testigos quien actuó en aquellas circunstancias como *primus inter pares* de todos los cadetes: el ingeniero Anibal Deleonardis, de la quinta promoción,

y uno de los egresados más populares entre los excadetes.

Furlan reúne suficientes condiciones para la reconstrucción que se propuso bajo el título de *Entre bombas, mareas y fama*. Es magister en Defensa Nacional, historiador y, como tal, ha sido docente del Liceo Naval Militar Almirante Brown, del que se graduó como guardiamarina de la reserva después de haber cursado allí estudios entre 1989 y 1993. Furlan admite, con absoluta honestidad, que aborda una historia que venía postergándose desde hacía tiempo por varias razones, entre otras, de "corrección política". Un lector atento de este libro, editado por el Instituto de Publicaciones Navales del Centro Naval, advertirá que algo de ese condicionamiento perdura aún en la referencia reiterada a "la *autodenominada* Revolución Libertadora".

Esese un detalle menor; una concesión ligera a la policía cultural que ha fiscalizado los escenarios de la política en las últimas décadas, pero compensada por la descripción que el autor se permite, sin embargo, de los acontecimientos inmediatos que precedieron a la Revolución Libertadora. Entre otros, la quema en Buenos Aires por elementos adictos al régimen imperante, al anochecer del 16 de junio, de la Curia, al edaño entonces a la Catedral Metropolitana, y de las iglesias San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio, de la Merced, San Miguel, de la Piedad, de Nuestra Señora de las Victorias, del Perpetuo Socorro, San Nicolás de Bari y San Juan Bautista, y la capilla San Roque.

De haber alzado la mirada por encima de esos incendios, el autor habría registrado también la persecución en aquel tiempo de la prensa independiente, el sometimiento obsceno de la Justicia al Poder Ejecutivo, el desfuero de tantísimos legisladores de la oposición no por corruptos, como podría barrerse hoy de un soplo certero con un número asombroso de legisladores nacionales y provinciales, sino por levantarse en protesta, como lo había hecho Ricardo Balbín, contra una dictadura votada reiteradamente por la mayoría electoral. Podría por igual haber agregado escándalos como el de Nelly Rivas, la piba de 13 años, actuante en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), que fue a vivir a la residencia presidencial de Olivos después de la muerte, en julio de 1952, de Eva Perón. Por aquella audacia se la martirizó, y con ella sus padres, en actuaciones judiciales de enorme repercusión tras los acontecimientos de septiembre de 1955.



Cadetes del Liceo Naval regresan de Uruguay a bordo del crucero 9 de Julio

En la noche del 16 los cadetes del liceo comenzaron a evacuar la isla Santiago bajo la conducción del jefe de Cuerpo, capitán de fragata Carlos Alberto Gasparini, y del teniente de navío Norberto Bonesana. Con disciplina y sigilo, vestidos con la ropa azul de fajina y desprovistos de cualquier elemento de color blanco susceptible de ser divisado por el frente enemigo, se arrastraron en la oscuridad en posición de cuerpo a tierra hasta las unidades que debían abordar para escapar de una situación insostenible. Los elementos progubernistas más próximos, apostados a no mucho más de un centenar de metros en un predio de elevadores, habían disparado varias veces con fuego graneado hacia la isla.

Gateando, llegaron a los rastreadores Granville y Spiro, donde les esperaba un destino diverso. El primer buque sería una suerte de polvorín volante para abastecer a otras naves en rebeldía más allá de la rada del Río de la Plata (la Flota de Mar, con base en Puerto Belgrano, aún estaba en aguas tan saladas como lejanas), pero carecía de provisiones para alimentar a cadetes y tripulación. Las galletas de agua de las falúas, bastante intragables por el paso de vava a saberse cuánto tiempo almacenadas, se acabaron pronto. Había bolsas de cebollas, de papas, de ajos y zanahorias. Fueron desapareciendo con aprensión discrepante con el paso de las horas. Desaparecían como salían de las bolsas, crudas, en estómagos vacíos, pero estómagos jóvenes y en principio resistentes. Mientras tanto, al hacinamiento en un navío configurado para una tripulación de solo 70 hombres se sumaba la tortura de un clima tormentoso, con fuerte marejada, viento arrachado y cabeceo brusco de los buques en una navegación por todas las razones inolvidable, incluido el océano de vómitos del que hubo que alijar al navío.

La revolución triunfó como pudo. Triunfó por una moral manifiestamente más templada que la de las fuerzas leales. En la más benevolencia de las interpretaciones, las filas de estas últimas se fueron deshinchando con el correr de los días, aunque al principio fueran netamente superiores en número de hombres y en armas que del otro bando. Un grupo de jefes del Ejército, entre los que se destacaba el general Juan José Uranga, después ministro de Transportes del gobierno de Lonardi, se había embarcado a la par de los cadetes en las unidades disponibles de la Armada. Esto daba cuenta de que los cuadros rebeldes se habían constituido a retazos, y cosidos precipitadamente, al momento de producirse el alzamiento.

Antes de que la mitad del cuerpo de cadetes subiera al Granville, este había sido atacado por la aviación leal al gobierno. Ya tenía una baja mortal, y navegaba con heridos entre los tripulantes y daños en el puente. Los ataques de los Avro Lincoln y Gloster Meteor que respondían al comando de la Fuerza Aérea habían hecho daño también en el BDI N° 11, que había traído desde Martín García refuerzos de marinería para los revolucionarios, y en los destructores Cervantes y La Rioja, cuando estaban aún amarrados a los muelles de la Escuela Naval. Allí murió el cadete de esta escuela Carlos Cejas.

Muchas de las bombas arrojadas por la aviación leal al gobierno cayeron al agua. Tantas, que eso llamó la atención. Uno de sus pilotos, el capitán Jorge Costa Peuser, confesó con los años a Isidoro Ruiz Moreno, el riguroso autor de la más reconocida de las reconstrucciones sobre la Revolución Libertadora, que había insistido en plegarse al levantamiento, pero que cuando avistó el río había tirado desde el Calquin que pilotaba las bombas al agua y, en lugar de regresar a la base gubernista de Morón, se había dirigido a la base de Tandil.



FOTOS: ARCHIVO GENERAL DE LA NACION



En Montevideo despiden afectuosamente a los cadetes



Luis Batlle Berres saluda a cadetes en la sede del gobierno uruguayo

El 18, Rojas ordenó que los cadetes del liceo, carentes del estatus militar que invistían los de la escuela, fueran trasladados en asilo a Montevideo. Para eso debieron ser antes trasbordados al BD N° 11, que esa altura presentaba el cuadro deplorable de un colador que había sido agujereado por la aviación hostil. Se trataba de una unidad de desembarco, y eso significaba una pérdida menor en relación con otras naves que entrarán eventualmente en el puerto oriental y quedaran retenidas en virtud de normas de aplicación internacional a las que Uruguay no se ajustaría, en realidad, en todo momento del desarrollo de la contienda. Lo excedería el entusiasmo de su gobierno, y de una parte considerable de la población, por ver a Perón al fin derrotado.

El gobierno uruguayo había sido desde la revolución de 1943 notoriamente generoso con los exiliados argentinos, tanto con los políticos como con los militares que habían huido hacia allí después de asonadas contra el jefe justicialista que habían fracasado una tras otra. Las relaciones entre ambos países no podían haber sido en aquellos tiempos más tensas, ni más claras las simpatías orientales hacia una de las partes en un conflicto a morir entre argentinos. "Que el hombre mate al hombre es uno de los hábitos más antiguos de nuestra singular especie como la generación o los sueños" (Borges, en *Atlas*).

Los uruguayos se habían sentido particularmente afectados por las trabas impuestas al viaje de argentinos a la otra orilla y detestaban, salvo los blancos nacionalistas acaudillados por Luis Alberto Herrera -abuelo de Luis Alberto Lacalle Herrera y bisabuelo de Luis Lacalle Pou-, el despojo de Perón. La reconciliación llegaría en 1973, cuando Perón gobernó por tercera vez, y se cerró con Uruguay, por vía de un tratado, el viejo litigio jurisdiccional entre nuestros países

sobre las aguas del Río de la Plata. Nadie se sorprendió, pues, que en la tarde del 18 una multitud de uruguayos recibiera en Montevideo al BD N° 11 con los cadetes del Liceo Naval. Encabezaba la concentración el presidente del consejo de gobierno, Luis Batlle Berres -padre de Jorge Batlle, que sería presidente del Uruguay a fines del siglo- y su mujer, Matilde Ibañez Talice.

Los cadetes fueron alojados en la Escuela Naval y en la Escuela Militar del Uruguay y días después llevados a una colonia de vacaciones y al Hotel Argentino, de Piriápolis. Regresaron el 28 a la Argentina en el Crucero 9 de Julio y en el destructor Uruguay, de la Armada oriental, y se encontraron en el puerto de Buenos Aires con una acogida nuevamente apoteósica. Ahora, también con el abrazo de padres y hermanos que habían seguido con angustia una aventura absolutamente inesperada y de la que apenas se habían informado, hora a hora, por las radios uruguayas, que quebrantaban la monotonía oficialista y la pobreza noticiosa de las emisoras argentinas.

Los cadetes coincidieron en su retorno con dos políticos socialistas que llevaban años en el exilio: Alfredo Palacios y Américo Ghioldi, y con el brigadier mayor Samuel Guaycochea, uno de los jefes de la revolución fracasada de 1951, tal como lo reconstruye la obra de Furlan, tan ajustada a la fidelidad con los hechos ocurridos.

La odisea había concluido. Por dos veces los cadetes habían hecho saber su voluntad de combatir y por dos veces había sido rechazado el ofrecimiento, que no cayó en vano. Muchos de esos muchachos estaban "muertos de miedo", como algunos aún lo reconocen, pero mostraron el valor, la templanza y la disciplina que les fueron reconocidas públicamente por el jefe naval de la revolución, almirante Rojas, y por el director del liceo, Carlos

Bourel, también revolucionario.

Quienes hemos pasado por las aulas de ese instituto siempre dejaremos constancia agradecida de que el adoctrinamiento político en las aulas, que llegó en los años del primer y segundo gobierno peronista a extremos insólitos en otras escuelas y colegios del país, fue en el Liceo Naval Militar Almirante Brown una excepción nada casual. Se correspondía con el señorío republicano de las antiguas tradiciones navales, hechas a un lado en los años setenta por el delirio de quienes condujeron la Armada en la lucha trágica y enloquecida contra el terrorismo de izquierda, al que patrocinaban poderosas fuerzas externas.

Al ponerse a aquellos jóvenes cadetes al margen del abismo que dividía a mediados del siglo XX a los argentinos en términos aún más brutales que los de estas últimas décadas, la Armada rebelde de 1955 encontraron 272 chicos y adolescentes como respuesta la solidaridad espontánea, y no poco candorosa, que navega para el lector por la mar gruesa de *Entre bombas, mareas y fama*. En tres párrafos irrepetibles en la Argentina de hoy a pesar del caudaloso intercambio de agravios que cruza permanentemente por la política, Furlan desnuda el espíritu de la época de hace setenta años. Le basta con transcribir tres párrafos del célebre discurso del presidente Perón del 31 de agosto de 1955, pronunciado dos semanas antes de la revolución que lo derrocará:

"Por cada uno de nosotros que caiga, caerán cinco de ellos".

"Vamos a ofrecerles lucha. Pero sepan que esta lucha que iniciamos no habrá de terminar hasta que no los hayamos aniquilado y aplastado".

"Aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas o en contra de la ley o de la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino". ●

PANTALLAS —

La realidad que le dio vida al Macondo de García Márquez

lanación#

En la serie, la recreación del pueblo que imaginó el autor colombiano convence

Annie Correal
THE NEW YORK TIMES

GABRIEL García Márquez se resistió a todas las ofertas para convertir su novela más conocida, *Cien años de soledad*, en una película. Aunque el escritor colombiano amaba el cine, desconfiaba de la manera en que Hollywood adaptaría su libro de 1967.

Sin embargo, tras su muerte hace una década, su familia aceptó que Netflix adaptara la novela. Su hijo, Rodrigo García, explicó que la empresa propuso crear una serie en español, rodada en Colombia, con un reparto principalmente colombiano, un enfoque que parecía honrar la creación de su padre.

Antes de que se estrenara la primera temporada de *Cien años de soledad* viajó a Colombia para conocer los entretelones de la serie que abordaría el realismo mágico de un libro en el que fantasmas, tormentas de flores y personajes que levitan aparecen en medio de la vida cotidiana.

Nació y creció en parte en Colombia, y mi padre era colombiano. Así que tenía curiosidad por saber cómo era grabar esta serie en Colombia, donde García Márquez es universalmente venerado: está en el billete de 50.000 pesos y los alumnos memorizan las primeras líneas de *Cien años de soledad* en el colegio.

¿Qué implicó recrear Macondo, el poblado imaginario que constituye el núcleo de la novela, en el país natal del autor?

Vole de Nueva York a Bogotá y luego a la pequeña ciudad de Ibagué; Netflix construyó Macondo en un rancho ganadero ubicado a las afueras de la ciudad. Para mi sorpresa, el pueblo artificial, con sus vistas a la cordillera de los Andes, me recordaba lugares reales. Caminando por el Macondo del siglo XIX, no solo pensé en el universo del libro; pensé en los pueblos que visité con mi familia durante mi infancia. El conflicto civil que asoló Colombia durante el siglo XX también conservó gran parte de sus bellos paisajes y pe-

No ahorraron esfuerzos para crear un decorado históricamente fiel en el detalle

queños caseríos que, en algunos lugares, se quedaron congelados en el tiempo.

Los diseñadores de producción, Eugenio Caballero y Bárbara Enriquez, ambos de México, crearon el decorado de la película *Roma*, que fue nominado a los premios Oscar. Aquí tampoco escatimaron esfuerzos para crear un decorado históricamente fiel, hasta los carteles de los edificios de estilo colonial y las velas que goteaban montañas de cera sobre la barra del bar de Catarino. La tienda que se menciona en el libro. No era la versión Disney de Colombia en la película *Encanto*. Parecía terrenal y real.

El orgullo del reparto y el equipo colombiano era palpable. Muchos en el plato consideraban un honor formar parte del proyecto. Varias personas me dijeron que sería el trabajo más importante que harían en su vida.

Ese orgullo está ligado a la estatura de García Márquez en Colombia y a la importancia de este libro en particular. Pero también tiene algo que ver con la imagen de Colombia fuera del país, que durante décadas ha estado dominada por Pablo Escobar y el narcotráfico. Narcos, otra conocida serie, retrata esa Colombia. Entre otras cosas, esa imagen no capta la realidad del conflicto civil colombiano de décadas: las masacres, el desplazamiento de millones de personas, los horrores vividos por la gente. Laura Mora, una de las directoras de *Cien años de soledad*, perdió a su padre, abogado y académico, cuando un sicario le disparó en Medellín hace más de veinte años.

García Márquez nunca negó la violenta historia de Colombia. Aunque los lectores suelen recordar su novela más célebre por su belleza, lo cierto es que tiene un trasfondo oscuro. La serie también está llena de oscuridad: guerra, muerte, trauma intergeneracional. Pero también invita a los espectadores a adentrarse en un mundo visualmente magnífico en el que los personajes encuentran sentido, incluso humor, en medio de la violencia.

Espero que esto —junto con la escenografía, los ritmos característicos de la banda sonora, la luz que cae sobre Macondo— les suene a los colombianos y les traiga recuerdos. La serie también puede revelar a los espectadores de distintas partes del mundo una Colombia diferente de la que hasta ahora han visto en pantalla. Eso, para mí, es un logro digno de García Márquez. ●

SEGURIDAD —

Por una justicia penal que actúe desde el lugar de la víctima

Un libro publicado por una reconocida ONG busca refutar a los que entienden que hay que beneficiar al delincuente en toda ocasión

María Jimena Molina
PARA LA NACION

Usina de Justicia es una asociación civil apartidaria que, desde su fundación, viene bregando por un cambio copernicano en los tribunales argentinos. En su actividad, aspira a reivindicar la búsqueda de valores éticos y morales en la justicia penal del país, que, sin duda, hoy debería ser impartida desde la perspectiva de la víctima del delito.

En este sentido, el libro *Nuevos paradigmas para la justicia penal. Hacia una era con perspectiva de víctima*, que acaba de publicar Usina de Justicia en colaboración con la editorial Taeda, desarrolla los presupuestos de esta transformación tan necesaria en la Argentina de estos días.

El libro, que acaba de ser presentado en ocasión del décimo aniversario de la ONG, ofrece una serie de artículos compilados por la filósofa Diana Cohen Agrest y por quien suscribe esta línea.

Los artículos, elaborados por los propios miembros de la asociación, ofrecen nuevas miradas que pueden resultar polémicas pero que, en realidad, redundan en favor de una justicia bien entendida; es decir, en favor de las víctimas, en definitiva, de la ciudadanía en general.

En medio de los problemas serios de inseguridad que aquejan al país y generan una multiplicación lamentable de víctimas de homicidio, existe la determinación de los autores de desmitificar una ideología tan anacrónica como nociva: el abolicionismo penal. Desde su concepción, esta ideología ha entendido que el delincuente es una víctima del sistema al que hay que beneficiar y resguardar a toda costa, incluso en detrimento de la verdadera víctima del delito.

Otro eje del libro es el talón de Aquiles que tiene el juicio por ju-

rados: no está prevista la posibilidad de que la víctima impugne un veredicto absolutorio.

A su vez, la obra analiza con profundidad un territorio hostil como lo es el de las penas de prisión, y defiende su valor retributivo, un principio que el abolicionismo ataca pero que no acoge más finalidad que la de aplicar un castigo a quien delinque.

También pone el foco de atención sobre la criminalidad y los menores de edad, y la disociación que suele existir entre el derecho y otras ciencias, como la psicología o la psiquiatría, que podrían ilustrar con datos científicos cuando un menor de edad puede comprender o no la criminalidad de un acto y, en consecuencia, responder penalmente por ello.

No escapan del análisis los peligros que se derivan de la actual ley de salud mental, como así tampoco las confusiones relacionadas con la presunción de inocencia.

Finalmente, el anexo del libro se dedicó a la justicia restaurativa, a las falacias que se aducen para imponerla a diestra y siniestra, y a la fatal tendencia de generalizarla sin miramientos, de modo que los delitos graves se resuelvan por mediación.

En el libro no hay lugar para eufemismos ni posturas cobardes. Se aspira a llenar un vacío, porque mientras se editan y publican en librerías especializadas y no especializadas libros que se ocupan de los delincuentes, no hay bibliografía abocada a las víctimas de delito en general y a los inconvenientes que aquejan a la justicia penal argentina.

En definitiva, con esta obra se busca construir un nuevo derecho penal, y que las ideas que se exponen se conviertan en una bocanada de aire fresco en la Justicia argentina y en la academia. También, que se dejen atrás institutos anticuados y desfasados de la realidad; que haya una mirada más cercana a quien padeció un delito y, en suma, el retorno hacia valores que parecen muchas veces adormecidos, como la concepción de la Justicia como un servicio a la ciudadanía, desdeologizada y eficaz.

Nuevos paradigmas para la justicia penal. Hacia una era con perspectiva de víctima está por ahora disponible solo en versión online y es posible adquirirlo a través de la página web bajalibros.com.

Abogada, especialista en derecho penal; máster en Ética y miembro de Usina de Justicia



Nuevos paradigmas para la justicia penal
Diana Cohen Agrest y María Jimena Molina

POLÍTICA Y SOCIEDAD —



Seguidores de Trump durante el asedio al Capitolio, en enero de 2021

JOSE LUIS MAGANA / AP

La larga y sinuosa historia de las noticias falsas

Llevamos siglos tragándonos *fake news* y teorías conspirativas que se aprovechan de nuestros sesgos y prejuicios; pero no somos tan crédulos como parece

Jaime Rubio Hancock
EL PAÍS

Es probable que los humanos mintiéramos por signos antes incluso de aprender a hablar. Las noticias falsas y los camelos no son nada nuevo. Al contrario, ocurre que muchos se repiten con protagonistas diferentes, y nos resulta difícil librarnos de ellos porque se aprovechan de nuestros prejuicios y sesgos. Pensemos, por ejemplo, en el Imperio Persa. Ciro el Grande

fundó el imperio en el siglo VI antes de nuestra era y nombró sucesor a Cambises. Cuando Cambises partió en campaña contra Egipto, decidió asesinar a su hermano Bardiya y ocultar su muerte. El objetivo: evitar que este aprovechara su ausencia para usurpar el trono.

Pero cuando Cambises estaba en Egipto, apareció un aspirante inesperado al poder: Bardiya, que consiguió que lo nombraran emperador en lugar de Cambises,

quien se suicidó por la traición. Sin embargo, un grupo de soldados fieles liderado por Dario sabía que Bardiya estaba muerto y que el nuevo emperador era un impostor, el mago Gaumata. Dario lo asesinó y subió al trono en el año 521 a. C.

El problema, como recoge Natasha Tidd en *La historia del mundo en 50 mentiras*, es que esta historia es, con toda probabilidad, falsa. Lo que ocurrió fue más sencillo: nadie había asesi-

nado a Bardija, que arrebató el poder a Cambises. Dario vio una oportunidad para hacerse con el imperio, pero necesitaba una buena historia para legitimar lo que no era más que un golpe de Estado y decidió inventarse a Gaumata.

Unos 2500 años más tarde, otro emperador intentó algo parecido. Donald Trump. Cuando perdió las elecciones de 2020, decidió que quería seguir siendo presidente, así que se inventó una trama absurda, la del robo de las elecciones, e intentó una insurrección que llevó a sus seguidores más descontrolados a entrar en el Capitolio.

Muchos de ellos creían en la teoría de la conspiración QAnon, que llegó a sugerir que el presidente, Joe Biden, era en realidad un actor con máscaras hiperrealistas. El verdadero presidente estaba arrestado y esperando el juicio gracias a las operaciones de Trump contra el Estado Profundo.

Nada de esto era cierto, claro: Trump perdió las elecciones de 2020 y Joe Biden era Joe Biden. El intento de Trump salió mal porque, aunque a veces no lo parezca, estamos más protegidos contra las mentiras que hace un par de milenios: nuestro sistema político no depende solo de quien tenga más aliados en palacio, sino de controles políticos, judiciales y mediáticos.

Aunque tampoco conviene pasarnos de optimistas: la gran mentira de Trump no le sirvió para mantenerse en el poder en 2020, pero quizás le ayudó a ganar las elecciones en 2024.

Asesinos de niños y chivos expiatorios. En la primavera de 1144 se descubrió en Norwich, Inglaterra, el cadáver de un niño llamado William. Thomas de Monmouth, un monje de la región, acusó a los judíos de haberlo asesinado en una repetición ritual de la pasión de Cristo. Como recoge Paul Johnson en *La historia de los judíos*, durante los años siguientes surgieron historias similares en Inglaterra, dando forma a los llamados "libelos de sangre", calumnias que acusaban a los judíos de asesinar a niños y que provocaron persecuciones y masacres en toda Europa.

El antisemitismo no nació en Norwich: hubo pogromos antes y después, además de otras acusaciones como la de que los judíos envenenaban los pozos (lo que explicaba las epidemias) y conspiraciones relacionadas con reuniones y rituales secretos. Por ejemplo, a principios del siglo XX se difundió un extraño panfleto titulado *Los protocolos de los sabios de Sión*, en el que se detallaba el plan de los judíos para dominar el mundo. A pesar de que enseguida se supo que eran falsos, los *Protocolos* aún se usan como justificación del antisemitismo.

Como escribe el psicólogo Hugo Mercier en su libro *No hemos sido engañados*, los rumores sobre alguna atrocidad pueden ser "el preludio de ataques étnicos". Aunque añade un matiz importante: estos rumores no nos convierten al racismo, sino que es al revés: el racismo nos hace creer en esos rumores, ya sean los libelos o los protocolos.

Y por eso tienen éxito los demagogos (pensemos en el Brexit o en el proces catalán): no porque sean muy hábiles con la propaganda, sino porque responden a demandas que

ya existen en la sociedad, por equivocadas que nos parezcan. Y por eso siguen cuajando las variaciones de las conspiraciones antisemitas, en las que ya no se habla de los judíos explícitamente, sino de los globalistas o de George Soros (de ascendencia judía, por cierto). Y por eso también vemos elementos similares a estas historias en las acusaciones a inmigrantes, que se han convertido en el nuevo chivo expiatorio de todos los problemas de Europa.

Los foros públicos y por qué no nos ponemos de acuerdo en X. Mercier explica en videollamada que no somos ni tan crédulos ni tan manipulables como parece. Al contrario, contamos con una serie de mecanismos cognitivos que evalúan la información que recibimos y que nos permiten ser abiertos y vigilantes. Pero estos mecanismos fallan cuando nos encontramos con información compleja y contraintuitiva, o que a veces nos hace creer en soluciones simplonas basadas en prejuicios.

Aun así, añade, cuando estamos equivocados, podemos rectificar gracias, sobre todo, a la conversación. Estamos abiertos a nuevas ideas y puntos de vista siempre que confíemos en nuestro interlocutor y nos presente información bien argumentada. Pero esto es costoso y suele necesitar tiempo.

En los siglos XVII y XVIII en Europa se popularizó algo parecido a una red social: el periodista Tom Standage escribe en *Writing on the Wall* que los cafés europeos tuvieron una función similar a la que tienen ahora las redes: distraerse e informarse. Eran "centros de intercambio de información en los que se leían los últimos panfletos, hojas sueltas, gacetas y boletines". Además, claro, de la circulación de rumores y noticias falsas.

Tanto es así que el rey Carlos II intentó cerrar las caferías en 1675, asegurando que en esos locales se planeaba la traición y la sedición, y se difundían mentiras maliciosas contra la monarquía. Ante la oposición mayoritaria y tras solo unos días, el rey retiró la ley, aunque exigió a los propietarios que hicieran todo lo posible para evitar la difusión de rumores falsos (spoiler: no lo hicieron).

Resulta tentador comparar esta historia con los intentos por controlar las conversaciones en redes. Desde luego, conviene desconfiar cuando un Gobierno asegura que quiere regular la libertad de expresión por nuestro bien, porque suele tener más en cuenta su propio bien. Pero no caigamos tampoco en el error de pensar que las redes sociales son neutras e inocentes.

Como escribe el filósofo Jürgen Habermas en *Un nuevo cambio estructural de la esfera pública y la política deliberativa* (que publicará Trotta este año), el carácter "plebiscitario" de las redes sociales provoca la fragmentación del espacio público. Y su modelo de negocio, el de la extracción de datos para la venta de publicidad, premia los contenidos que hacen que pasemos más tiempo en la plataforma, que precisamente son los que provocan la indignación y el enfrentamiento de los usuarios. Es decir, X no es el mejor sitio para conversar y no tiene nada de raro que, desde que lo compró Elon Musk, tantos de sus usuarios hayan emigrado a Bluesky.

El mundo no se acabó en 1954: por qué nos cuesta admitir que estamos equivocados. Marian Keech anunció que el fin del mundo tendría lugar el 21 de diciembre de 1954. Todos los humanos perecerían, salvo sus seguidores, a quienes rescataría una nave espacial.

A pesar de que el mundo siguió más o menos en pie el 22 de diciembre de 1954, muchos de los fieles a Keech, que tras el fiasco se escudaba en un error de cálculo, siguieron comprometidos con la causa. Sobre todo los que habían apostado más por ella y habían vendido sus propiedades confiando en que dejarían el planeta: en lugar de sentirse más traicionados que los demás, aumentaron su fe.

Este caso le sirvió al psicólogo Leon Festinger para iniciar sus estudios sobre la disonancia cognitiva. Cuanto más nos identificamos y comprometemos con una idea, más nos cuesta renunciar a ella.

Llevamos sufriendo un caso de disonancia cognitiva desde diciembre de 2020, cuando empezamos a vacunarnos contra el Covid. En ese momento se compartieron unas cuantas teorías conspirativas, desde que las vacunas llevaban nanochips con tecnología 5G hasta que estaban diseñadas para diezmar a la población.

Lo cierto es que las vacunas salvaron millones de vidas y, cuatro años más tarde, no ha habido ningún aumento extraño de la mortalidad. Aun así, ningún conspiranoico ha rectificado sus previsiones. Al contrario, muchos han añadido nuevas excusas, como, por ejemplo, que los poderes fácticos ocultan y modifican los datos.

Mercier explica que hay recelos y teorías de la conspiración hacia las vacunas desde que surgieron. Esto ocurre porque, aunque obviamente funcionan, su mecanismo no es intuitivo: los médicos piden a los padres que inyecten a sus hijos lo que parece una versión debilitada de la enfermedad... "Hace falta un nivel muy elevado de confianza", explica. Pero es optimista: la mayoría de los ciudadanos nos fiamos de la ciencia y nos vacunamos.

Aun así, las mentiras pueden hacer mucho daño, incluso aunque solo las creen unos pocos. Sobre todo si alguno de esos pocos llega al cargo de secretario de Salud en Estados Unidos, como parece el caso de Robert F. Kennedy Jr., activista antivacunas.

¿Qué podemos hacer ante todos estos camelos? Por supuesto, podemos ser más críticos con lo que nos cuentan y con lo que aceptamos creer, como explica por videollamada el filósofo Julian Baggini, autor de *Una breve historia de la verdad*. Baggini recuerda la importancia de tomar nuestro tiempo, en lugar de responder de forma intuitiva y emocional a cualquier información nueva.

Pero esto no es solo un problema nuestro. Como apunta también Baggini, no es para nada descabellado desconfiar de las instituciones, por que las instituciones no siempre son de fiar. Y esto incluye al gobierno, a las farmacéuticas, a la judicatura, a las grandes empresas y a la prensa, por poner algunos ejemplos. Si las instituciones y organizaciones quieren ganar nuestra confianza también tendrán (tendremos) que hacer mejor su trabajo, así como reconocer y explicar mejor sus errores. ●

PERSONAJES —

Ruiz Moreno, el gran legado de un historiador incansable

El autor de *Campañas militares argentinas* y *Comandos en acción*, de 90 años, fue homenajeado en un acto reciente

Roberto Bosca
PARA LA NACION

Honrar la vida es reconocerla en las existencias concretas de sus hombres y mujeres, sobre todo cuando por sus portes personales de diversa especie ellos se significan en un servicio a sus conciudadanos. Es este un deber —no siempre verificado— que ha de cumplimentar toda sociedad y es uno de los factores que señala su punto de madurez.

El gran legado de Isidoro Ruiz Moreno consiste en haber sabido historiar, particularmente en la segunda mitad de siglo XIX, la relación entre los militares y la política, como a su modo lo hizo —en relación al siguiente siglo— el gran historiador norteamericano Robert Potash.

La tarea de Ruiz Moreno no se ha reducido a trazar una crónica, sino que a través de las páginas de su extensa obra nos ha enseñado a reflexionar sobre la nación y sus gentes, en su dirigencia y en su pueblo. Este es el sentido del apogeo ciceroniano de la historia como *magistra vitae*.

Sobre la vida y obra del historiador, ya en sus airoso 90 años, expusieron recientemente, en el Instituto de Cultura del Centro Universitario de Estudios, tres voces representativas de diversos ámbitos en los cuales la personalidad de Ruiz Moreno es sobradamente reconocida: Oscar Armanelli, decano de la Facultad del Ejército; Miguel Ángel De Marco, presidente decano de la Academia Nacional de la Historia (de la cual Ruiz Moreno es miembro) y finalmente, Claudio Morales Gorleri, presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano.

Perteneciente a una familia de ajejo linaje provinciano vinculada al patrimonio histórico de nuestro país, Ruiz Moreno es hoy uno de las personalidades científicas más relevantes no solo en el país, sino también en el ámbito latinoamericano. Así lo acredita su prolífica labor historiográfica, ratificada por su pertenencia a numerosas academias de la región, como las de Perú, Bolivia, Colombia, Chile y Uruguay, entre otras, además de ser miembro correspondiente de la española.

A una extensa labor docente desarrollada en numerosos institutos y universidades, particularmente en organismos de formación castrense en razón de su especialidad, la historia militar, Ruiz Moreno suma una generosa producción que sin duda ocupa un lugar de primer orden en la historiografía nacional.

Su tesis doctoral sobre la lucha por la Constitución muestra claramente una sensibilidad histórica y jurídica que es uno de sus rasgos más sobresalientes y que el desa-



Isidoro Ruiz Moreno

rolló en sucesivas investigaciones a lo largo de su vida.

Entre sus obras más celebradas se encuentra su voluminosa *Campañas militares argentinas*, calificada de titánica debido a su extensión, profundidad y minuciosidad, así como acreditada como la más completa historia de las guerras de nuestro país.

Ruiz Moreno también ha prestado particular atención a la campaña de Malvinas (así la considera, al desconocerle el carácter de guerra), una materia en la que destaca con particular brillo su crónica de alto contenido épico titulada *Comandos en acción*, reiteradamente reeditada. El libro es un producto del vivo relato de los combatientes, quienes narraron sobriamente al autor heroicos episodios cuajados de verdadero coraje y vigor patriótico.

Una de sus creaciones más reconocidas son los dos tomos de *La Revolución del 55*, que es considerada también como un verdadero clásico en la materia. En esa obra Ruiz Moreno ha sabido superarse a sí mismo, en un esfuerzo de objetividad difícilmente esperable en una temática tan crudamente controversial de nuestra historia.

No faltan tampoco en su producción biografías como la del tucumano Julio Argentino Roca o la de su antepasado entrerriano Justo José de Urquiza. En su familia se reconoce una saga de magistrados, historiadores y juristas en los que se advierte una misma vocación. Su estirpe posee un hondo arraigo en la matriz histórica de la organización nacional, federal y liberal de la nación argentina.

Uno de los rasgos de su aporte al conocimiento de nuestra historia consiste en que en su obra no se percibe solo como una crónica meramente notarial, sino traspasa de un profundo amor a su patria. La patria y su historia sintetizan la vida de un argentino ilustre. ●

LECTURAS —

Literatura. Un gran autor de relatos siempre en fuga

El húngaro László Krasznahorkai, serio candidato al Premio Nobel, es un autor amplio y complejo; un libro de cuentos y una *nouvelle* lo muestran también como maestro de las formas breves

Pedro B. Rey
LA NACION

Desde comienzos de este siglo —contra la red transnacional de vanguardia del pasado que supo promover a Joyce, Faulkner o Borges más allá de sus fronteras—, existe una literatura que circula rápidamente en traducciones casi simultáneas y elogios idem alrededor del globo. Lo interesante es cuando dentro de ese extenso campo —donde la lengua queda postergada ante la supuesta primacía de las tramas— se deslizan justamente los malentendidos: autores que circulan con mayor lentitud, pero con un poder de osmosis profundo. Uno de esos casos contemporáneos es el del húngaro László Krasznahorkai (Gyula, 1954), del que no es difícil advertir que tiene una compulsión por las palabras (“la lengua es nuestra basura”, se lee en *El último lobo*) y del que, a pesar de las posibles complicaciones de traducción, ya se ha vertido al castellano buena parte de sus libros.

La difusión de una obra así, escrita en un lenguaje poco accesible como el húngaro, depende en gran medida de la tenacidad y calidad de sus traductores. Krasznahorkai tiene en inglés un excepcional, George Szirtes (idioma inevitable para cualquier circulación internacional), pero también su clave de bóveda en castellano en Adán Kovacsics (chileno, de origen húngaro, afincado en España), que confirma en una segunda lengua testigo que esos libros pueden ser complejos, pero de ninguna manera un simple equívoco exótico.

Una de las singularidades de las tramas

de Krasznahorkai —algunas de las cuales fueron filmadas por su connacional, el cineasta Béla Tarr— es que nunca se está seguro de qué tratan. Hay en apariencia un argumento, pero ese argumento está siempre en fuga, como sus personajes. En *Tango satánico*, su novela más emblemática, los pocos habitantes de una granja colectivista al borde de la extinción esperan la llegada de un personaje de nombre bíblico, Isaías, que vendrá a rescatarlos. Es lo que ocurre, pero también el viaje tiene un sentido desconcertante. Podría tomarse como una alegoría del inminente derrumbe del comunismo (la novela es de 1987), pero si lo fuera gira alrededor del vacío: ¿o hay algo que el lector, en el tránsito entre una lengua y otra —vale decir, entre una cultura y otra— se pierde de manera irremisible? De atenderse a otros de sus libros, queda en evidencia que ese desconcierto —en evidente deuda con Beckett— es una forma de ironía desamparada: en *Guerra y guerra*, el protagonista cree haber encontrado la clave del mundo en un manuscrito que encontró de casualidad y su razón de ser en su divulgación (cuando internet estaba, en comparación a hoy, en pañales) a través de la red. Es una épica condenada a la derrota, que tiene como último resto glorioso lo que se está leyendo (es decir, pura) literatura.

Dos libros de Krasznahorkai que acaban de salir en castellano, *El último lobo* y *Relaciones misericordiosas*, permiten volver al autor por medio de libros en com-

paración menores, pero más reveladores.

El último lobo (de 2009) es uno de esos textos por encargo que se niegan a cumplir con lo pedido. Un filósofo que vive en Alemania, autor de “algunos libros ilegibles” y que cree haber sido olvidado por todo el mundo es invitado por una fundación de Extremadura, en España, para que visite esa región más o menos postergada y escriba algo que “la inmortalice”. Nombra —solo para tener algo que le interese— una noticia: que en 1983 murió el último lobo al sur del Duero. Ese detalle es el que lanza al filósofo —en realidad, a su guía y a su intérprete— el solo acompañar —tras los pasos de ese dato, para descubrir que tal vez hubo más lobos después, y que tal vez el último sea otro.

Ese filósofo, un “desdichado de frases complicadas y pensamientos laberínticos” —la descripción, claro, le calza como un guante al propio Krasznahorkai— le cuenta su modesta peripecia a un camarero húngaro en Berlín. El relato deja en suspenso la revelación que un guardia forestal está a punto de transmitirle sobre el final de la especie, como si toda narración no fuera más que una forma de borrachera en la que siempre conviene dejar algo entre paréntesis.

Es interesante, por su parte, leer *Relaciones misericordiosas* a la luz de los libros posteriores del escritor. Esta temprana colección de cuentos salió en húngaro justo antes de *Tango satánico*, que es cuando el estilo de Krasznahorkai ya no tuvo vuel-

ta atrás. Hay en los relatos —tal vez por su comparativa brevedad— un propósito acotado que las novelas se encargan de borrar. También se puede vincular el relato “Herman, el guardabosques” con *El último lobo*. El interés velado por el destino y sufrimiento animal, y sus masacres, no está tan distante del de un escritor como J.M. Coetzee. La súbita misantropía de ese guardia forestal que, después de salir de los radares, se esconde en el bosque y como un terrorista ecológico pone trampas de caza en la ciudad no es solo una parábola.

Los cuentos de *Relaciones misericordiosas* son, en todo caso, excepcionales. Ya está ahí esa prosa de frases largas y alambicadas, de un lirismo oscuro, a veces crípticas, pero detrás de ese estilo todavía se pueden atisbar las influencias. “El último barco” —un grupo de personas debe subirse a uno como última oportunidad— tiene un fantasmal halito kafkiano, en la senda de epígonos como Dino Buzzati. “En manos del barbero” presenta un crimen sórdido y absurdo, de pocas monedas, y una huida hacia un lugar —y una situación— inesperada. En “La trampa de Rotz”, una obra maestra de estructura triple, un personaje (en el primer apartado) espía a otro, que espía a otro (en el segundo), y así, hasta llegar a un bar, donde aparece la que los observa a todos. “Calor” no es ciencia ficción, pero parece por su clima de ciudad vaciada. En “Lejos de Bogdanovich” el narrador sigue al personaje del título imaginando “que Bogdanovich sabe adónde vamos, adónde terminará esta historia”. En “El buscador de emisoras” vuelve el clima a la Orwell (y el gusto de introducir notas manuscritas) y en “El final de un oficio” un cuarteto de hombres y mujeres llega para investigar el paradero de Herman —el ponedor de trampas del cuento ya citado—, con un insólito tono lascivo insólito que —para los tiempos en que se publicó en el original— debe de haber sido lo más lejos que se podía llegar en materia pornográfica del otro lado de la Cortina de Hierro.

Las novelas de Krasznahorkai son grandes derivas, estructuras que boyan por el cielo del escrito como una galaxia errante. Los cuentos y sus personajes comparan el mismo espíritu fugitivo —se corren, se descentran—, pero aprovechan el movimiento contrario: la forma breve obliga a una precisión que solo vuelve más intrínge sus finales abiertos. ●

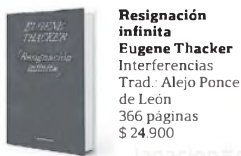


El último lobo
László Krasznahorkai
Sigilo
Trad. Adán Kovacsics
94 páginas
\$14.000



Relaciones misericordiosas
László Krasznahorkai
Acantilado
Trad. Adán Kovacsics
144 páginas
\$22.800

RESEÑAS —



Resignación infinita
Eugene Thacker
Interferencias
Trad.: Alejo Ponce de León
366 páginas
\$ 24.900

El encanto del pesimismo filosófico

Gustavo Santiago
PARA LA NACION

Resulta una obviedad decir que el pesimismo no es una postura útil para resolver problemas de la vida cotidiana. Pero no menos cierto es que los escritos de los grandes pesimistas poseen un encanto muy particular. Liberados de las obligaciones de argumentar y de ser edificantes, se concentran en lanzar estocadas certeras con sentencias breves y letales, con puzos o saetas dagas verbales. *Resignación infinita*, del filósofo norteamericano Eugene Thacker, está a la altura de los mejores textos de lo que podría ser considerado un género propio: el "pesimismo filosófico".

En una de las tantas definiciones que ofrece, el autor afirma que "el pesimismo es la faz nocturna del pensamiento, un melodrama en torno a la futilidad del cerebro, un lirismo redactado en la tumba de la filosofía [...]. Es más una acusación que una filosofía". El pesimista no es alguien que no ve, simplemente, el vaso medio vacío; es alguien que lo ve medio lleno, pero de veneno. Una versión un tanto más sofisticada de él, el "pesimista metafísico" es aquel que postula que el vacío es la propiedad inherente de todo vaso. Su vocación, siempre asumida con desdén explícito y disimulada pasión, es la de desmascarar los optimismos del mundo que proclaman el sentido, la utilidad, la realización personal o, incluso, la histórica. Sus letanías giran siempre en torno al fastidio, la pérdida, el pesar, la penumbra, el terror, la nada, el agotamiento, el tedio.

Cada uno de estos aspectos del pesimismo es abordado por el autor empleando el estilo diletto de sus maestros: el aforismo. Esa decisión es asumida, como no podía ser de otro modo, de forma pesimista: "El origen secreto de la forma breve no es el trabajo interminable sino la pereza, la apatía". La ironía y el sarcasmo son característicos del pesimismo, pero también el humor, ese componente que "lo debilita y lo fortalece al mismo tiempo".

Gran parte del texto se compone de paráfrasis o comentarios de los grandes referentes del género, como Schopenhauer, Nietzsche, Cioran, Unamuno o Pascal (a quienes dedica, además unas páginas al final del libro), pero también de sentencias del propio Thacker, como "Lo único peor que un joven pesimista es un viejo optimista"; "Solo los optimistas han sufrido de verdad. El pesimista se ve privado hasta de esto". Respecto de su propia postura, el autor hace una confesión (que podría hacerse extensiva al resto): "Tengo que admitir que mi pesimismo es circunstancial: todo es para peor (hasta que las cosas empiezan a salir bien); es mejor no haber nacido (hasta que haber nacido no está tan mal)".

Por paradójico que pueda parecer, *Resignación infinita* es, ante todo, un libro cuya lectura resulta muy placentera; que despierta en el lector menos suspiros apesadumbrados que sonrisas cómplices. ●



Comandante
Sandro Veronesi
y Edoardo De Angelis
Anagrama
Trad.: JM Salmerón Arjona
176 páginas
\$ 24.800

Una vieja historia con ecos actuales

Néstor Tirri
PARA LA NACION

Puerto de La Spezia, septiembre de 1940. El ayudante de a bordo del submarino italiano Cappellini, de la Armada fascista, anuncia la partida de esa "bestia metálica" de 75 metros de largo, que comanda el teniente Salvatore Todaro. En Gibraltar avistan una nave fantasma, sin insignia ni luces, y la hunden, pero en las oscuras aguas quedan a la deriva no menos de veintiséis sobrevivientes: el destino de esos hombres se impone como el conflicto central de esta historia. El novelista Sandro Veronesi (Florencia, 1959) y el realizador de cine Edoardo De Angelis (Nápoles, 1978) refieren la peripecia en las voces de los marinos de la tripulación del Cappellini y de los sobrevivientes, convertidos en naufragos.

El almirante alemán Dönitz ha ordenado que no se los rescate, pero el comandante Todaro desobedece la orden y, no sin riesgos, los salva. Este episodio de la Segunda Guerra Mundial nunca ocupó un espacio destacado en la historia de la contienda y Todaro, por su parte, pasó al olvido. Sin embargo resurgió, no por azar, a mediados de 2018. "Aquel verano fue terrible en Italia", dice Veronesi en el prólogo, a propósito de los inmigrantes que huían de campos de concentración de Libia y, tratando de alcanzar las costas italianas, se convertían en naufragos, mientras ciertas decisiones antiinmigratorias de un sector político de la derecha les negaban auxilio o desembarco.

El evidente paralelismo de ambas situaciones indujo a que De Angelis y Veronesi acometieran la realización de un film que inauguró la Mostra de Venecia de 2023. Ahora, *Comandante* reconstruye en formato novela, a cuatro manos, aquellos sucesos. El resultado no es un relato convencional sino que, a modo de puzzle, la ficción trasunta con versatilidad cada momento del operativo desde distintos puntos de vista, y el oficio de Veronesi (*El colibrí*, *Caos calmo*) acierta a perfilar, a través de sucesivos relatos en primera persona, el carácter de cada uno de estos rudos hombres de mar. Y desliza, en medio de descripciones descarnadas, destellos de intriga, a pesar de que el lector ya conoce el desenlace histórico.

"¿Qué hacer?", se pregunta alguien de la tripulación ante una disyuntiva extrema que evoca el dilema clásico de Antígona, que intentaba dar sepultura a su hermano a pesar de la prohibición de Creonte. Aquí el comandante debe optar entre la orden del almirante y "la norma del mar, que también tiene sus leyes, como las tiene el ser humano".

La gravedad de la situación, articulada en relato, instaura un dilema ético ante el destino de seres sin amparo: "Estos hombres ya no tienen nada —escribe a su mujer el comandante—. Tienen solo su cuerpo, y cada vez se acerca más al final, (...) Es más, no es que tengan exactamente un cuerpo, es que son ese cuerpo y nada más". ●



Haikus y kakis
Masaoka Shiki
Galaxia Gutenberg
Trad.: Andrés Sánchez Robayna y Masafumi Yamamoto
164 páginas
\$ 15.700

El poeta que revitalizó los haikus

Marcelo Sabatino
PARA LA NACION

El arte del haiku —esa breve forma poética japonesa— tiene su trinidad clásica de autores: Matsuo Bashō —el más clásico, el inaugural—, Yosa Buson y Kobayashi Issa. A esos tres se les suma, más cerca en el tiempo, Masaoka Shiki (1867-1902), que fue el revitalizador de un género que para entonces yacía esclerosado por el exceso de tradición.

La modernización de Shiki —como recuerda Andrés Sánchez Robayna en el prólogo de esta antología: *Haikus y Kakis*— coincidió con una época dinástica clave del mundo japonés, el fin de siglo XIX, cuando se abrió a Occidente. Gran estudioso del haiku, Shiki se propuso ampliar su campo de acción —el poeta apuntó a su exceso de restricciones— defendiendo una visión más amplia del lenguaje y de los temas.

Los poemas de Shiki entonces buscan percibir los elementos de la naturaleza "como partes de una íntima concordia de todo lo existente, un misterioso vínculo en que el ser humano nunca es el eje o la referencia central, sino una pieza, un elemento más de todos los que componen el mundo, a menudo representado por la naturaleza y sus componentes más humildes", dice Robayna. Esos elementos ya estaban presentes en la era clásica, pero Shiki —que murió a los 34 años— los tensó al extremo, de manera iconoclasta. Por ejemplo, en esa serie en que aparece un molesto insecto que quiere matarla, ya no se acerca": "Maté la mosca / Un momento de paz / dentro del cuarto". O también, en la misma línea, pero cambiando de criatura: "Maté la araña / Luego, en la noche fría, qué soledad". ●



Los campos magnéticos
André Breton
y Philippe Soupault
Wunderkammer
Trad.: Julio Monteverde
134 páginas
\$ 25.400

El surrealismo, antes del surrealismo

Eduardo Lamarche
PARA LA NACION

Se podría decir que el surrealismo existió antes del surrealismo (si se toma su inicio por su primer manifiesto, de 1924). Mucho antes, y en la estela del dadaísmo, ya André Breton (futuro líder del movimiento) y Philippe Soupault se habían aventurado con *Los campos magnéticos*, en la senda de la escritura automática, un experimento que entre tantas versiones redundaría en los célebres cadáveres exquisitos.

Pero *Los campos magnéticos* —como viene a recordar esta bella edición, traducida y anotada por Julio Monteverde— es mucho más amplio y ambicioso que aquellas combinaciones casuales. Son textos relativamente extensos en que los dos poetas buscan en su interior "el carácter inagotable del murmullo" para registrarlos sin corregir, sin detenerse en el aspecto estético de la escritura. La idea era pergeñar "un libro peligroso". Sentados uno frente a otro, los "médiums" se dedican a hacerlo, incluso hasta diez horas, hasta que la fuente se agota. El resultado —como en "El espejo sin azogue" o "Güantes blancos"—, con sus pasillos de hoteles desiertos —o los poemas del cangrejo ermitaño— ofrecen ya la clase de combinaciones aleatorias que influyeron a tal punto que llegaron —por poner un solo ejemplo— hasta David Lynch.

La edición incluye como addenda "El mensaje automático", texto en que años más tarde Breton volvería sobre la importancia de esa práctica —y sus antecedentes— y el empeño surrealista en proclamar "la igualdad total de todos los seres humanos normales frente al mensaje subliminal" y en sostener que "ese mensaje constituye un patrimonio común del que cada uno puede reivindicar su parte". ●

Best Seller

FICCIÓN

1° **La Casa Neville 3. Yo soy el viento**, de Florence Bonelli
Planeta, \$ 29.900
(5 semanas en lista)

2° **La vegetariana**, de Han Kang
Random House, \$ 19.999 (9)

3° **Blackwater I: La riada**, de Michael McDowell
Blackie Books, \$ 14.999 (12)

4° **La clase de griego**, de Han Kang
Random House, \$ 19.999 (12)

5° **En agosto nos vemos**, de Gabriel García Márquez
Sudamericana, \$ 22.999 (34)

NO FICCIÓN

1° **La felicidad**, de Gabriel Rolón
Planeta, \$ 35.000 (57)

2° **Nexus**, de Yuval Noah Harari
Debate, \$ 42.999 (16)

3° **Este dolor no es mio**, de Mark Wolynn
Gaia, \$ 29.900 (52)

4° **Horóscopo chino 2025**, de Ludovica Squirru Dan
Ediciones B, \$ 24.999 (2)

5° **La generación ansiosa**, de Jonathan Haidt
Paidós, \$ 29.900 (3)

Librerías consultadas: Cúspide, Sania Fe, El Ateneo y Yenny (Capital), Gran Buenos Aires e interior.

En la tradición de los grandes medios que se precian de tales, Pablo Sirven redactó la necrológica de Jorge Lanata hace cinco años. Era una previsión tan natural como incómoda que se tomó durante una de las crisis de salud que atravesó el periodista muerto en el antelúltimo día de 2024.

Durante una entrevista con el mismo Lanata, Sirven le concedió el estremeedor privilegio de conocer las primeras líneas del texto con el que sería despedido por LA NACION varios años después.

Como el gran editor periodístico que fue, tal como lo había descrito el agudo redactor del obituario, Lanata no pareció sorprenderse por la descripción y, mucho menos, de que ya estuviese redactada su despedida. Una regla no escrita de las viejas redacciones indica que cuando a un notable le escriben su necrológica le prolongan la vida.

Además de las extendidas muestras de pesar por su muerte al final de un largo padecimiento, el adiós de Lanata asomó otra vez a los argentinos al país de las miserias. Es la Argentina que esconde su hipocresía detrás de afinidades ideológicas e intereses materiales concretos.

Esa muerte habilitó una vez más el desprecio del que son blanco quienes denuncian la corrupción política sin distinguir su origen. En las redes sociales, desde los márgenes de la derecha y la izquierda populistas que supimos conseguir, llovieron agresiones al periodista que editó numerosas notas con denuncias contra el menemismo, tanto como director de *Página 12*, como luego en televisión, en su programa *Día D*.

Una década después, Lanata hizo lo mismo con los latrocinios del kirchnerismo en *Periodismo para Todos*, por El Trece, junto a otros muchos periodistas que desde distintos medios hicieron su trabajo de contar lo que el poder quiere mantener oculto.

En los momentos complicados de la economía argentina —es decir, siempre—, el señalamiento de delitos cometidos por los dirigentes políticos registra un gran interés de las audiencias. Es una forma simple y directa de explicar y establecer responsables por los desastres colectivos que el mal manejo de la economía provocó en términos de achicamiento de la producción, desempleo y empobrecimiento.

Diferente fue y es el verdadero castigo que los ciudadanos aplicaron cuando juzgaron con su voto a esos políticos. Por lo tanto, diverso es el criterio para valorar la actuación del carterero que lleva las malas nuevas.

Lanata era un ídolo del progresismo cuando mostraba los casos que llevaron a tribunales a muchos funcionarios de los años noventa y al propio Carlos Menem. Pero para los kirchneristas y su elenco de incondicionales se convirtió en un traidor

— LA PARTE Y EL TODO —

El país donde la peor corrupción es siempre la ajena

Sergio Suppo
PARA LA NACION



cuando difundió las maniobras de la familia presidencial y sus subordinados, que derivaron en causas que en su mayoría terminaron en condenas y juicios en trámite. No era conveniente para la causa de la liberación nacional, sentenciaron a corol los negadores de lo evidente.

Lanata al margen, esa doble vara es un

recurso que se utiliza sin pudor como si la memoria y el registro de posiciones anteriores pudiesen borrarse mágicamente. Es lo que permite ahora a los libertarios idolatrar a Menem y pasar por alto sus oscuros manejos detrás del éxito económico. Es lo que habilita a los peronistas a mantener a Cristina Kirchner como jefa e insistir en pre-

sentar como actos persecutorios denuncias, pruebas, procesamientos, juicios y condenas realizados según ordena la ley.

A los muchachos de Milei no les importa que Menem haya sido condenado en tanto haya hecho, como en verdad lo hizo, el ensayo más duradero de un esquema de estabilidad inflacionaria. Importa más eso. A la corrupción menemista mejor licuarla en el olvido mientras la afinidad ideológica y el valor simbólico de los años de la convertibilidad sean útiles para el presente.

El kirchnerismo utiliza desde hace décadas el mismo recurso. El corrupto siempre es el otro, y quien la denuncia es retratado como un enemigo. Ni hablar de los fiscales y jueces que se atrevieron y atreven a investigar. A ellos se los hostigó durante años con todo tipo de amenazas y aprietes hasta presentarlos como una minoría separada del sistema judicial, que incluye personajes siempre dispuestos a mirar para otro lado.

El recurso de dividir al mundo entre amigos y enemigos, respectivamente leales y despreciables, es también usado por los libertarios, tan reactivos a las críticas e igualmente dispuestos al insulto a repetición.

Como el kirchnerismo, el mileismo pretende reducir el impacto que tuvieron y pueden tener en el futuro investigaciones periodísticas que reflejan delitos cometidos por la vieja y la nueva casta política de la Argentina. Considerar que el periodismo es un problema es una antigua manía enraizada en la cultura del poder que los libertarios han incorporado con naturalidad.

Al populismo le obsesiona lo que pueda decirse de él, le encanta la comunicación propia y detesta a los periodistas y la información que no pasa por su control.

El kirchnerismo ha incorporado un nuevo artificio luego de años de negación de responsabilidades y persecución a sus acusadores y juzgadores.

Alberto Fernández fue expulsado del paraíso cristinista por ineficiente, denunciado por supuestos abusos contra su exesposa y ridiculizado por sus impropias conductas personales. Es una forma oblicua de negar que le caben similares sospechas que a la misma Cristina. Julio De Vido o Amado Boudou, en tanto Fernández es también investigado por el escandaloso manejo de los fondos de las aseguradoras.

Más inquietante que las viejas y nuevas maniobras del peronismo kirchnerista, es la conducta negadora de los votantes argentinos, siempre listos a soslayar la condición de corruptos de los dirigentes por los que sienten afinidad ideológica, o mientras haya una mejora circunstancial de la economía, o los motive un odio visceral por las opciones distintas a las elegidas. Siempre estará permitido disimular que sobran prontuarios y faltan fichas limpias. ●

ideas

Más información de cultura, pensamiento, libros y reflexiones sobre la actualidad en <http://www.lanacion.com.ar/> y en <http://www.lanacion.com.ar/edicion-impresa/suplementos/ideas>, con miradas cercanas y amenas para entender las claves de una sociedad en plena transformación. Análisis en profundidad, crónicas y los más agudos columnistas

Club LA NACION

SUSCRIBITE

Hablamos por whatsapp: (11) 5799.3654
o si preferís llamarnos: (11) 5199.4794

iHOLA! Living LUGARES iHOLA! Jardín Rolling Stone